

MUJER DEL DESIERTO

Llave de Luz

María Angélica Muñoz Jiménez
Chile

MUJER DEL DESIERTO es un cuento que ha sido premiado por la Municipalidad de Coquimbo, Chile en el mes de abril del 2023 con el segundo lugar en el 7º Concurso "Expresiones femeninas, en cuanto ser mujer 2023", organizado por Casa de las artes rural, La Cantera, Coquimbo, Chile, en el camino a Gabriela Mistral. Y cuyo tema del concurso era la mujer y el medioambiente.

Me inspiré en los pueblos originarios, que aún viven en el desierto de Atacama y cada vez se ven más desposeídos de su hábitat natural, debido a la explotación y contaminación de las áreas. Uno de los principales problemas son los relaves mineros con la consiguiente contaminación de las aguas que ya no puede ser usada ni por el ser humano ni por los animales y tampoco en regadíos, lo cual últimamente se ha intensificado con la extracción del litio.

Shaya, mujer del desierto, vive en el norte de Chile, ella es hija, esposa, madre, esencia femenina. Cada mañana muy temprano se encamina por un largo sendero de arena a buscar agua del lago. Su sombrero, sus largas faldas y sus mantas de colores vivos, tejidos por ella misma, la protegen del sol. No siente ni frío ni calor, está acostumbrada a las cambiantes temperaturas del desierto más árido del mundo. Su cuerpo fibroso de piel oscura y curtida, piernas gruesas, ojitos pequeños como aceitunas y cabello más negro que la noche, están adaptados para vivir en ese lugar.

Mientras Shaya camina, canta a la Madre Tierra, Pachamama, canciones que endulzan el ambiente con su alegre voz. Así es como ella saluda y honra a todos los habitantes de esa región que a primera vista se ve casi vacía, y al mirarla con atención ebulle de vida. Shaya aprecia la vegetación de aquel paisaje seco, la única que ella conoce: cactus cardón, árbol Chañar, lincabur, juriques, queñoas, llaretas, y muchas más, agradecida de sus importantes propiedades, algunas como medicina, otras como alimento. Igualmente se divierte saludando a los animales: chunchos, lechuzas, pequénes, tucúqueres, vizcachas, zorros, guanacos, vicuñas, llamas, y al puma, si lo divisa a la distancia. Shaya ama la naturaleza y se siente una con ese todo que es su hogar. Esos seres reconocen su presencia y la aceptan sin acercarse mucho, tampoco tomando más distancia. Y ella se comunica con ellos imitando sus voces.

Una vez en la laguna, se encuentra con un zorro culpeo, ya es como su amigo, siempre viene, apenas ella llega y se queda cerca, curioso de sus actividades, aunque pareciera que lo que más le gusta es escucharla cantar. En la laguna están las taguas cornudas, caitíes, guallatas andinas y algunos flamencos que curiosean en la laguna de

agua dulce antes de volver a su laguna de agua salada. Shaya llena sus cántaros de agua, y luego de refrescarse el rostro y mojar un pañuelo emprende el viaje de regreso a su casa de adobe. Las melodías de su amplio repertorio de canciones es lo que ella va dejando a su paso, una especie de oración cantada, algunas las aprendió en su infancia, tantas veces repetidas junto a su madre y a su abuela, otras se las inventa caminando. A veces le canta al viento, otras al agua, a la arena, al sol, al cielo azul...

Para Shaya un día completo no es más que una secuencia de la luz, en su mundo no tienen sentido los relojes, qué sentido podría tener algo tan abstracto donde no hay reuniones urgentes, donde nada se hace contra el tiempo. Ni el apuro ni la demora existen para ella, solo hacer lo que se debe hacer con atención plena y amor. Ella camina siempre al mismo ritmo y eso marca el ritmo de su vida en perfecta armonía con el universo. Cada movimiento de Shaya es una danza a la vida. Escuchar el silencio es un arte que ha aprendido también desde niña en aquella inmensidad del desierto, y es en ese silencio donde ella descubre la música y las letras de sus canciones.

Una pequeña casa sencilla la espera, donde ningún objeto es decoración, su esposo, sus hijos, su madre, cada uno está afanado en diversas tareas, solo de vez en cuando miradas cómplices o suaves sonrisitas son los gestos de amor que mutuamente se entregan. Ella ahora cocina y después de sentarse todos juntos a la mesa y agradecer los alimentos, comen en silencio. Jamás se quejan por nada, para sobrevivir en el desierto solo existe el agradecimiento. Una breve pausa después del almuerzo y siguen las actividades. Shaya teje en su telar con la lana de las llamas de su rebaño y recuerda los animales y la vegetación del camino e incluye esos motivos en sus tejidos, «el espíritu de esos animales y vegetales también protege mi creación», se dice la mujer a sí misma con inspirada convicción.

El desierto es dinámico en constante cambio. Sin embargo una mañana Shaya observa un cambio que nada tiene que ver con la naturaleza. Ha encontrado tuberías muy largas que van directo a la laguna y no entiende lo que está pasando. Cierra sus ojos y escucha el susurro del viento acariciando la arena, un granito se mete en su boca y le cuenta lo que ocurre «ha llegado el hombre que no es de esta tierra y carga un cuchillo de ambición, hace heridas para sacar el tesoro de la Pachamama y sus ojos están ciegos, sus oídos sordos, su boca habla y no para de hablar como para rellenar los momentos de soledad, cuánto miedo le tiene a su soledad. Es un hombre lleno de carencias que cree que la Tierra le pertenece, que puede hacer lo que quiere, jamás pide permiso para nada, no conoce el respeto ni el perdón”. Entonces Shaya abre los ojos y canta con más fuerza que nunca y se queda un instante más largo de lo habitual bendiciendo el espíritu de todo lo que allí habita. En el camino a casa agradece una y otra vez por las grandes bendiciones que la vida le da, agradece por el espíritu de todos los seres que la rodean.

Pasan lunas y soles, un día llega a la laguna y el agua ya no es pura, se ha transformado en un caldo espeso con estelas oscuras. Muchas taguas yacen muertas en la orilla opuesta, los flamings se han ido todos, también las otras aves y junto a un matorral

encuentra muerto a su amigo el zorro. Que tristeza siente Shaya y le canta una última canción a su buen amigo y a las otras aves sin vida. Se queda muy quieta esperando una señal, y el espíritu del agua que ya no está en el lago, le dice que es tiempo de que ella y su familia se vayan de allí. Ella desearía que este momento nunca hubiese llegado, aun así respira profundo y da las gracias por las nuevas oportunidades que le ofrece la vida.

Shaya al regresar a su hogar le cuenta a su familia los últimos acontecimientos, y lo que ha dicho el espíritu del agua. Cada uno de ellos apenas empaca un morral con poquitas pertenencias, toman sus animales y dejan abierta la puerta de su casa. Le agradecen el tiempo que los acogió y todos los buenos momentos que han vivido, luego se dan la media vuelta y se van. Es la primera vez que Shaya se va de esa casa, de esa región que tanto ama. Sin agua limpia para ellos no es posible vivir. Se van buscando agua donde el flujo de la vida les lleve. Y cantan juntos las canciones que bendicen a los elementos, al Padre Sol, a la Madre Tierra, a los animales de poder y a todo... En sus canciones solo alaban la luz de lo sagrado y lo eterno. Aún en la noche las estrellas les guían, y con su brillo les muestran un camino para aquellos que aún viven con el corazón puro.